



FUNDADOR: PABLO IGLESIAS

Organo del Partido Socialista Obrero Español y portavoz de la U. G. T.

Sin regateos y...

A precio módico

UNO de los mayores cuidados de la Embajada de Franco en los Estados Unidos es —aparte de atraer a su mesa a tal o cual senador— el de hacer publicar en un periódico de cualesquiera categoría y lugar de la gran República algún artículo laudatorio para el Caudillo de España y exaltador de la gran penetración entre la democracia norteamericana y la dictadura francofalangista. El artículo pasará inadvertido para el mundo; pero en España será radiado repetidas veces y reproducido por todos los periódicos, que lo presentarán como una prueba de la popularidad internacional de que disfruta el régimen.

Así ocurre ahora con un artículo que acaba de publicar la revista U. S. News And World Report, y que se titula, según la prensa española, «Un aliado americano que ha vencido a los comunistas». En ese artículo, aparte de elogios al Caudillo, se realiza el gran valor estratégico de nuestro territorio nacional. «España —dice— tiene la mejor posición defensiva de Europa, bases aéreas a menos de seis horas de Moscú y puertos desde los cuales se domina el Mediterráneo occidental.»

Pero, además, el articulista ve en el Generalísimo Franco un aliado mucho más seguro y disponible que Francia y que los demás aliados de Norteamérica; y a ese respecto dice muy atinadamente: «Los jefes militares de los Estados Unidos confían en que si Rusia atacase no habría regateos sobre el empleo de las bases aéreas y navales de España, como podría suceder en otros lugares, tales como África del Norte.»

Muy justa parece tal observación. En efecto, es muy probable que llegado el momento de resolver, por ejemplo, el asunto de las islas costeras chinas, ningún otro país se prestase a servir de base atómica por cuenta de los Estados Unidos ni a ser destruido atómicamente, también por cuenta de ellos, «a menos de seis horas de Moscú». Pero en España, como bien dice la revista, sobre el caso «no habría regateos». Bien claro está que no los habría, ni los Estados Unidos se prestarían a consentirlos.

Ante la adquisición de tan grandes y evidentes ventajas, la revista se nos presenta como lo haría una excelente ama de casa que se preciese de saber comprar. Así, nos dice que «España recibió solamente setenta y ocho millones de dólares de los veinticinco mil seiscientos millones de dólares de ayuda económica que Estados Unidos envió a Europa occidental hasta diciembre de 1954». Solamente setenta y ocho millones por tantas ventajas. ¿Hay quien compre mejor y más barato? En cambio, las democracias que se han beneficiado de esos veinticinco mil millones largos, los han recibido no a la manera de un regalo completamente gracioso, sino, en buena parte, como una compensación leal de los destrozos y daños materiales que han sufrido en una guerra de la que los Estados Unidos sacaron intacto su territorio nacional e impulsada su producción. Por eso no se consideran comprados por esos miles de millones y, aunque aliados verdaderamente en un plano de igualdad y de discusión, no ponen su territorio a la libre e incondicional disposición de los Estados Unidos.

Pero con respecto a España la situación es mucho más ventajosa y así lo hace ver la revista en cuestión. Es que no hay como una dictadura para servir a los Estados Unidos en su lucha por la libertad del mundo y de los derechos del hombre. Ya se ve lo caro que resulta captar la buena voluntad de unos países organizados en democracia. Resulta caro, y, además, no se puede disponer de ellos enteramente. En cambio resulta mucho más barato y ventajoso entenderse con una tiranía por muy empapada en sangre que esté. Entonces, para disponer del territorio nacional sin temor a «regateos», es suficiente comprar a precio módico la buena voluntad de un Caudillo y de un ejército. Es un principio que bien puede inscribirse en una nueva Economía política para uso de una gran potencia democrática.

Problemas de hoy y de mañana

HE dicho con machacona insistencia, de palabra y por escrito, que uno de los obstáculos más profundos y más complejos que surgirán mañana en España para la libre praxis y realización de nuestros postulados sindicales y políticos estará representado —ya lo está hoy— por la influencia que en la vida social, económica y política de España tratará de ejercer —y ya la ejerce en grado superlativo— la Iglesia, de la mano con sus órganos representativos en la dirección técnica y económica de fábricas, talleres, campos, banca, como asimismo en la formación cultural de la colectividad española.

Usando y abusando de la situación privilegiada que a la Iglesia como institución brinda la dictadura falangista entronizada por los bárbaros en la dirección de la cosa pública, ya la Iglesia creando centros de orientación católica que no son otra cosa —en sus diferentes gradaciones— que instrumentos de trabajo que se engarzan entre sí y se

templan para usarlos mañana con la sola pretensión de retardar la implantación de normas científicas de producción, distribución y remuneración del trabajo por nosotros precorizadas como etapas preliminares que posibiliten el que revertían a la colectividad la riqueza nacional representada de consumo por la ciencia y el trabajo unidos siempre.

La Iglesia no aceptará jamás nuestros principios doctrinales. Perdería su clientela. Sin embargo, impulsados sus altos dignatarios por el deseo de mantener su hegemonía sobre las cosas y los hombres, la Iglesia trata de presentarse como elemento capaz de comprender la justicia de la causa que los obreros defienden, sentando afirmaciones, que no tenemos reparo alguno en reproducir, para asegurar a la clase obrera de la buena fe que preside la política «paternal» de la Iglesia.

El obispo de Bilbao señor Morcillo, hablando de la conciencia de clase, ha dicho: «La conciencia de clase de los trabajadores españoles significa el deseo y la aspiración nobilísima de elevarse por ellos mismos, elevando a su vez colectivamente su clase social, moral y materialmente.» Si el señor obispo de Bilbao considera que es esa la definición que darse debe a la conciencia de clase en los trabajadores, ¿a qué espera dicho señor para rebelarse moral y espiritualmente contra el régimen de dictadura imperante en España que impide a toda la colectividad española elevarse moral y materialmente? El señor obispo de Bilbao sabe que desde hace diecisiete años España es una nación cuyos mo-

Por Pascual Tomás

P. S. O. E. U. G. T. J. J. S. S.

Día de la Federación

Españoles, trabajadores de Burdeos: Acudid todos a la gran conferencia pública que tendrá lugar el domingo 8 de mayo a las nueve y media de la mañana en los locales de la antigua Bolsa del Trabajo (F.O.), rue Lalande, con la intervención del compañero

Pascual Tomás
Secretario general de la UGT
quien disertará sobre
La actualidad del problema español

LA Asociación de la Prensa de Madrid acaba de elegir nuevo presidente, nombramiento denotador de enorme descenso en el periodismo español, descenso que allí corre parejas con el de otros sectores intelectuales. Porque basta comparar la limpia historia y gran talla del primer presidente de esa Asociación, su fundador don Miguel Moya, con la vida impudica y la estatura enana del último electo, Manuel Aznar, para darse cuenta de hasta dónde ha caído aquel periodismo, ayer libre y hoy esclavo.

«Moya era un caballero prestigioso que utilizaba su enorme influencia personal para mover masas populares y elementos científicos y literarios en empresas tan nobles como el homenaje a don José Echegaray cuando este dramaturgo fué galardonado con el premio Nobel, o para hacer desfilar por la tribuna de la Asociación a eminentes personalidades de diversas tendencias políticas. Invitado por él, ocupó dicha tribuna Pablo Iglesias, que hablaba por vez primera en un auditorio no integradamente obrero.»

Los gobernantes recurrían a Moya, no Moya a los gobernantes, y a veces el ahora nagenario don Natalio Rivas presentábase en la redacción de «El Liberal» a solicitar de don Miguel que el periódico enjuiciase con benevolencia cualquier acto de don Segismundo Moret, jefe del Gobierno. Moya surgió en la política como diputado republicano independiente, muy afecto a Castelar, y como republicano independiente murió, autoleado de impoluta honestidad.

Manuel Aznar es la antítesis de don Miguel Moya. No obstante, el diario «Arriba» —y ello revela cuán desvergonzadamente valora la falange a sus servidores— lo ha calificado de maestro, añadiendo que «viene a entregar su magnífico prestigio de escritor, de periodista, de político y de hombre bueno a nuestra Asociación». ¡Pues apañada la va a dejar!

«ABC» ha recogido de él unas declaraciones. «Desde el 18 de julio —dijo Aznar al diario de los señores Luca de Tena— juré servicio completo a Franco. No he encontrado hasta hoy ninguna razón para cambiar de opinión.»

Y el diálogo prosigue así: «¿Fue usted siempre consecuente?»

«Creo que no, salvo en lo esencial.»

«¿Qué es lo esencial para usted?»

«Lo que atañe a la fe y al designio entusiasta de trabajar por la mayor gloria de España.»

«¿En qué puesto cree haber prestado el mejor servicio a España?»

«Desde la dirección de «El Sol» entregándome con una

pasión permanente a la defensa de nuestro ejército de África en las horas más difíciles.»

Algo sé yo sobre el solemne juramento, la firmeza en la consecuencia esencial, el esfuerzo a favor de la gloria de España y la defensa del ejército de África, y como puede resultar entretenido, lo voy a contar aunque en parte lo haya contado hace años.

De la g' Herrera al chaqué

SIENDO yo diputado provincial de Vizcaya —lo fui entre 1911 y 1915— concurría a reseñar las sesiones de la Diputación un mozo rubio con uniforme de soldado. Era Manuel Aznar, soldado de cuota y redactor del diario «Euzkadi». Había hecho su aprendizaje periodístico en Pamplona, en «La Tradición Navarra». Hijo del organista de Echalar y sobrino del párroco de este pueblo, el joven pirenaico comenzó militando en el integrismo, del cual era órgano «La Tradición Navarra», pero al enrolarse en «Euzkadi», órgano del nacionalismo vasco, no sintió empacho para saltar desde las filas españolistas que inicialmente capitaneaban los Noceado hasta las separatistas aliadas por Sabino de Arana. Fué el primer brinco de Aznar que, en los inúmeros que tiene dados y merced a su maravilloso mimetismo, se asocia íntimamente a cuantos factores le llaman a colaborar confundido con ellos. El separatismo de Sabino de Arana surgió tan rubio como «El Correo Vasco», antecesor de «Euzkadi», separaba por naciones las noticias europeas apareciendo Turquía en el

Antropometría política

La ficha de un perillán

Por Indalecio PRIETO

penúltimo lugar de aquéllas y España en el último. Todo lo español era extranjero, y extranjero de ínfima categoría.

Aznar se especializó en Bilbao como cronista de fútbol y al estallar la primera guerra mundial dedicóse a crítico militar. Lo mismo le daban los partidos de balompié entre el Athlético y el Arenas que los combates entre aliados y alemanes. Tanto le sedujeron la táctica y la estrategia, que tiempos después, cuando el mariscal Joffre estuvo en Madrid y se celebró en su honor un acto en el Ateneo, Aznar pronunció elocuente discurso para explicar al vencedor de la batalla del Marne cómo ésta se había planeado y ganado. El mariscal francés era estupefacto que otro le enterara de cuanto él había ideado y realizado.

Viniéndole corto el periodismo, Aznar aborció el teatro y en el domicilio social de la Juventud Nacionalista Vasca estrenó una obra titulada «El Jardín del Mayorazgo», donde se vierten contra España los mayores insultos, los más atrevidos escarnios, las más viles calumnias. Tamaña invención respondía sin duda al designio entusiasta de trabajar por la mayor gloria de España.

Por entonces tan ejemplar glorificador creía hallar en el nacionalismo vasco, cada vez más pujante, campo adecuado para sus ambiciones. Por eso don Nicolás María de Urgoiti, que fué en Bilbao a presidir una junta de accionistas de la Sociedad Papelera Española, mostrábase muy encantado con Aznar por una entrevista que éste le hizo, y se lo llevó a Madrid para dirigir «El Sol»,

próximo a fundarse. Abandonando las ideas separatistas, el intrépido reportero retornó al españolismo, no al españolismo cavernícola de su etapa integrista, sino al españolismo liberal de don José Ortega Gasset, principal mentor de la nueva publicación, si bien hubo de avillanarlo pronto poniéndose a bailar el agua al conde de Romanones, de quien esperaba más provecho que del filósofo. En fin, de sabiniño se trocó en romaniñista.

En 1918 encontré a mi desvelado colega mariposeando por los pasillos del Congreso vestido de chaqué. Esta transformación de su indumento me asombró. Era el único chaqué aparte del usado por el presidente de la Cámara, cuyo faldón atebaba a diario en aquel palacio. Ya los diputados habían prescindido de levitas y chaqués, reservando tales galas, o la del frac, para solemnidades como las de juramento de la Corona por el rey. La elegancia de Aznar parecía, pues, algo desorbitada pero, en cualquier forma, un hombre procedente de provincias y nacido en un pueblo montañés que de repente se lanza ataviado con chaqué en la Corte, demuestra extraordinaria valentía que le capacita para las más arriesgadas empresas. A cualquier polbre mortal le asusta cambiar así de atavío, más Aznar reemplazaba el suyo con igual facilidad que la etiqueta política.

Eso que él llama «defensa de nuestro ejército de África», fué simplemente defensa del jefe del mismo, general Berenguer, premiada con copiosas compras de alambre espi-

nos para cercar puestos de vanguardia y de picos y palas para cavar trincheras, operaciones muy lucrativas con las cuales ganó su primer dinero fuera del oficio.

El smoking ensangrentado y la casa diplomática

HABIENDO perdido la dirección de «El Sol», Manuel Aznar decidió venir a América. En el mismo barco viajaban el cardenal Benlloch y la baronesa de Alcahal, aventurera algo ajada aunque todavía de buen ver, valenciana y rubia, que tenía por capricho enamorar a altas personalidades, figurando en su relación de conquistas al ex sultán Muley Hafid, varios generales y algunos escritores. Al fin, terminó conformándose con diputados letrados. La baronesa, queriendo completar con un capelo cardenalicio su baraja amorosa, donde ya figuraba un fez imperial que le dedicó el buque a ponerle los puntos al purpúreo, fiando en la fama, quizá injusta, de escaso respeto al voto de castidad, más viendo que pinchaba en hueso, engatusó a Manuel Aznar con quien llegó emparejada a Méjico. De alguien necesitaba la infeliz, pues estaba sin blanca, y aquel mozo no sentía escrúpulos ante el dinero.

Méjico parecía terreno abonado para negocios audaces y Aznar discurrió, entre otros, el de confeccionar cajas de cerillas que llevaran en la tapa el retrato de Obregón. Todo se le vino inopinadamente a tierra. Dispuesto en su obsequio un banquete, la Alcahal, no convidada, se acicaló para asistir también al festín. El amante no pudo disuadirla. Hecha un basilisco, se lanzó sobre él tendiéndolo a golpes. Los camareros del hotel se las vieron y se las desearon para salvar a Aznar quien, con la cara surcada de arañazos y el smoking y la pechera manchadísimo de sangre, no pudo concurrir al ágape. El escándalo le hizo partir de Méjico sigilosamente, apareciendo en Cuba donde se contrató como heraldo periodístico de Machado.

Cumpleaños de PRIETO

El día 30 de abril ha cumplido 72 años nuestro querido compañero Indalecio Prieto. Al mismo tiempo se han cumplido 56 desde el día en que ingresó en nuestro Partido, al cual ha dado desde entonces la colaboración de su pensamiento, de su acción, de su palabra y de su pluma con una asiduidad y con un vigor que deseamos mantenga aún durante muchos y mejores años.

Cuando la Sociedad Papelera Española, valiéndose de cuantiosos créditos contra «El Sol», se adueñó por completo del gran diario, José Félix de Lequerica, consejero de aquélla, pensó hacer del periódico su escalón político confiando de nuevo en la dirección a Aznar. Pocos meses después advino la República. Aznar, con su característica desfachateada, cambió de rumbo, convirtiéndose de monárquico en republicano, como antes había pasado de separatista vasco a unitarista español.

Cierto día oí leer en Consejo de ministros un proyecto de decreto nombrando a Manuel Aznar embajador de España

(Pase a la segunda pág.)

Cruz y raya

EL ESPAÑA DE FRANCO Y DE SEGURÁ

El equipo belga de «cross-country» que se ha desplazado últimamente a San Sebastián quedó muy sorprendido cuando en el puesto fronterizo de Irún un funcionario con uniforme de aduanero ornado de botones rojos, «Ministerio de Información», dirigió la palabra en... flamenco (de Flan. del capitan del grupo belga en... flamenco). Este, visiblemente asombrado, preguntó entonces al funcionario español: «¿Es usted belga?»

A lo cual nuestro buen hombre respondió firmemente: «No, soy flamenco». Habiéndose acercado al lugar de esta extraña conversación un miembro de la delegación belga reconocido en la persona de funcionario español un traidor notorio que se señaló sinestramente durante la ocupación alemana.

Este individuo en cuestión no ocultó su identidad y confirmó, con apoyo de declaraciones redundantes que, en efecto, era un ex S.S. Lo menos que cabe decir es que las autoridades españolas de San Sebastián, en cuanto a la elección de su personal... (Le Peoples, Bruselas.)

EL BELGA, «RECORDMAN» EPISTOLAR

Según estadística relativa al mundo entero y publicada por el «avario de las Naciones Unidas» sobre el arte epistolar, los belgas y los suizos son los mejores discípulos de Madame de Sévigné.

En 1895 se contaban 210 cartas por habitante por Bélgica y 200 por Suiza. Después, a cierta distancia, vienen Gran Bretaña con 165 cartas por habitante, Países Bajos con 138, Suecia con 122, Dinamarca con 97, Noruega con 87, Islandia con 85, el último del escalón es Angola, con una carta por habitante. El Congo belga figura con 2, el Marrocos francés con 4, Egipto y Turquía con 7.

¿Qué cifra habrá correspondido a la España de Franco? Según datos que en la publicación de segunda mano de donde tomamos estos datos no figure.

LA MAQUINA DE ESCRIBIR Y LA GUERRA

«Si desapareciera mañana súbitamente la máquina de escribir, el volumen de los pensamientos inspidos, que se comunican entre los seres humanos quedaría grandemente reducido y el arte de la guerra se aminoraría considerablemente con ello.» Esto ha declarado no un hombre cualquiera, sino una eminencia: el doctor Geoffrey Fisher, arzobispo anglicano de Canterbury, habiendo en Londres inaugurado la nueva sede del Consejo de las Iglesias.

Juan Vigón

Completando una biografía

El general Vigón se encuentra gravemente enfermo. Así lo hace saber, desde las columnas de «Le Monde», Jean Creach. Con ese motivo, el periodista francés informa a sus lectores de los múltiples cargos que ha desempeñado el general Vigón y de las importantes actividades que ha realizado. Nos recuerda que es jefe del Estado Mayor Central, ministro de Defensa, miembro del Consejo del Reino, principal consejero del general Franco... Nos dice que es monárquico, que fué personaje principal en la guerra civil y artífice de la instalación en España de las bases norteamericanas.

La biografía no puede parecer más completa. Sin embargo, no lo es. Le faltan algunos detalles nada más.

Nosotros queremos contridilelos no deja de tener interés. El general Vigón. Para ello vamos a servirnos del libro de la Embajada franquista en París y Vichy en su libro «Mémoires d'un monarchiste espagnol» (1) puede verse en las páginas 107, 108 y 119 al 121 lo que sigue. Y lo publicamos en francés para mayor claridad, aunque hay edición en castellano.

Pages 107-108 :

«L'Ambassade anglaise à Madrid, sans aucun doute désireuse de démentir de telles inférmations, nous montrant que ces fameuses destructions, si graves qu'elles fussent, n'étaient pas venues à bout du pays ni de son esprit combattif, insista près du gouvernement espagnol pour qu'une mission aéronautique vint jurer sur place. L'offre acceptée, je partis le 29 octobre avec deux capitaines d'aviation, pour Londres, via Lisbonne.»

«Les instructions reçues de mes chefs étaient courantes en pareil cas : «Renseignez-vous le plus possible, examinez bien tout, ne perdez pas un détail.» Mais mon attention devait être attirée sur un point particulier : «Les Allemands, me dit l'actuel ministre de l'Air, attaché beaucoup d'importance au système de vivre voir ou par écrit et j'essayerai d'apprendre le tout par cœur pour n'emporter aucun papier.» Ainsi fut fait et, maintenant encore, je me rappelle ces points qui intéressaient le service secret allemand : Quantité et qualité du matériel américain reçu ou attendu; Existence de bauxites dans les îles et pourcentage de l'importation; Dispositif anti-aérien de Londres; Tonnage maritime coulé par les sous-marins; Instruments de localisation des avions, celle-ci étant remarquablement efficace; Chasse nocturne; Dispositifs de visée des « Spitfires » et « Hurricanes »; Etat de construction des navires de guerre.

Moral de la population.

Pages 119-121:

«Venez donc par ici ! fit joyeusement le général Vigón, ministre de l'Air, en apercevant l'attaché de l'Air et les deux capitaines, Avial et Larois, exacts au rendez-vous, mais vainez seul, vos compagnons vous attendront dehors. J'entra dans le grand salon où

je trouvais un groupe de huit à dix personnes en civil. Le ministre se chargea des présentations, mais celles-ci, comme toujours, furent fort rapides pour être comprises ; je retins pourtant qu'il y avait de hauts fonctionnaires du service secret allemand, avec à leur tête l'amiral Canaris, venus tout exprès de Berlin pour m'interroger sur ma visite en Angleterre.»

«En ces moments décisifs de la vie, on agit d'ordinaire mécaniquement. On voit mieux plus tard ce que l'on aurait pu ou dû faire et, s'il s'agit de rapporter les faits, l'instinct n'est pas difficile alors de prendre le beau rôle en leur donnant un tour favorable. Cette méthode pourtant ne saurait convenir à des mémoires si dignes de servir de référence et de discrétion pour se borner à dire la vérité, telle du moins qu'elle est conservée par les souvenirs de l'auteur.»

«Un interprète prenait mes réponses en ténio tout le temps que dura l'entrevue, soit près de deux heures. Cet interrogatoire fut semblable à celui qui attend les prisonniers de guerre, avec les sourires en plus, une extrême courtoisie et la «réconfortante» présence du ministre de l'Air.»

«Je ne vais pas me vanter d'avoir connu tous les plans secrets des Allemands. A vrai dire, je n'avais pas le moindre petit secret à confier à quiconque, et l'on avait bien pris soin en Angleterre qu'il en fut ainsi, d'abord parce qu'il s'agit d'une chose normale dans un pays en guerre et aussi parce que, dans notre cas tout spécial, les Allemands ne pouvaient avoir d'illusions sur la destination finale de nos informations. De mon côté, je n'avais jamais non plus douté de voir les Allemands apprendre tout ce que je pouvais savoir ; je fus seulement déconcerté par la forme de l'opération.»

«Toujours est-il que je répondis tant bien que mal et dans la mesure de mes forces à des douzaines de questions. Une fois seulement je ne pus me contenir. Or m'avait demandé de localiser le grand aérodrome de bombardement, celui où j'avais éprouvé d'aussi profondes émotions. — Mon général, demandai-je à Vigón, sur cet aérodrome, j'ai été traité comme un frère. Est-ce qu'il me faut en révéler l'emplacement, pour qu'il soit aussitôt bombar-

dé ? Avec un sourire angélique, le ministre me dit : « Mais, oui, Ansaldo, répondez à toutes les questions ». Réellement le jeu était puéril, car dans la nuit sombre, avec toutes ces allées et venues que je m'expliquais maintenant, ces embranchements, ces marches arrière et ces virages imposés par les aimables « W. A. F. » aux véhicules de la R. A. F. il nous avait été totalement impossible de nous orienter. Aussi me contentai-je de répondre : « A quelque vingt miles au sud-est de Cambridge. »

«Avec force poignées de main, sourires et salutations se termina ce jour-là l'interrogatoire ; il fut, le lendemain, repris à l'ambassade allemande au milieu d'une ambiance de roman policier dans une pièce prévue que j'avais gagnée par l'ascenseur et secours ; cette fois, j'examinai la mise au net de la dactylographie, précisant quelques détails sur le dispositif de visée des « Spitfires » et « Hurricanes ».

«Assez désagréablement impressionné par ces deux séances, j'entrepris de rédiger un rapport officiel sur mes expériences et, deux jours après, le remis à l'état-major de l'armée de l'Air. Ma tâche accomplie, je me présentai au bureau du ministre de l'Air pour prendre congé de celui-ci avant de regagner Paris et Vichy. Mon étonnement fut immense d'entendre le général Vigón me dire : « Bon, vous pouvez aller quelque temps en France pour avoir des nouvelles et résoudre quelques affaires de « récupération » en cours mais, n'alliez » étant très satisfait de votre rôle en Angleterre, je vous y renverrai sans peine. »

«Mon général, c'est impossible ! m'exclamai-je. Après ce qui s'est passé l'autre jour devant le Service secret allemand, honnêtement, je ne puis retourner à Londres. Il est bien différent, en effet, d'y aller en ennemi loyal pour une guerre déclarée et de s'y rendre au service de l'Allemagne pour abuser de l'hospitalité généreusement accordée en frappant dans le dos des compagnons honnêtes et affables.»

«Así obraba el general Vigón, ministro del Aire en aquel entonces del Gobierno franquista, después de conocer los informes que, por encargo de los alemanes había obtenido en Londres, en plena guerra, un militar español. Así un ministro del Aire, el general Vigón, obligó a un coronel franquista de aviación, agregado diplomático, Ansaldo, a que hiciese espionaje en Inglaterra, no en servicio de su país, sino por cuenta de una potencia extranjera.»

«Es un dato biográfico que le ha faltado al señor Creach.»

(1) «Mémoires d'un monarchiste espagnol», de Juan Antonio Ansaldo, traducción francesa de Jean Viet, Editions du Rocher, Monaco, junio 1955.

Comentario

La mala sombra del Caudillo

POCAS veces el escepticismo y el descreimiento en los valores morales de la humanidad se nos han mostrado más expresivamente que en el artículo «Leyenda negra y leyenda blanca» que acabamos de leer en la primera página de «ABC». Según él: lo verdaderamente bueno hemos de medirlo —suponiendo que nuestras conciencias sean tan nobles como la del autor— por lo malo que de ello se diga. ¿Se dice «vox populi» que alguien es un bandido? Pues ése es el bueno y a él deben confiarse las personas honestas. «Cuando uno pueda decir de sí que es el más atado por la crítica, debe estar orgulloso; es el mejor.» Así piensa el articulista; pero llega a más: «Una nación, un régimen político o una personalidad de rumbo dejan de valer al carecer de enemigos. Religión sin herejes y cultura sin contradictores no pasan a la Historia.»

La religión, pues, tiene una existencia convencional, condicionada y relativa. El propio Cristianismo, según eso, no subsistiría a pesar de su verdad y del sacrificio del Gólgota si no fuera por los herejes. Pero esa barbaridad —pensarían ustedes— la habrá dicho algún descreído. Descreído ¿eh? Así lo hubiéramos pensado nosotros también si al pie del artículo no respaldara la firma de un fraile: la del reverendo padre Gabriel del Fetal, O.S.A.

Pero no es eso sólo lo que nos desconcierta: «Los hombres y los pueblos, como las pirámides, son más altos mientras mayor es su sombra.» Parece como si lo primero fuera la sombra y después las pirámides. Pero ¿por qué se fija el padre en las pirámides y no, por ejemplo, en los obeliscos? Precisamente la pirámide es una forma que disimula mejor que ninguna otra la longitud de su sombra. Mas prosigamos: «A más detractores más sombra, y a más sombra más luz. Únicamente los grandes tienen sombra.» ¡Los grandes nada más! Y los demás españoles han perdido ya hasta la sombra; aquélla buena sombra de que tanto se hablaba.

Bien se ve en medio de todo esto que para el articulista la sombra es el mal y que sólo por contraposición con la sombra, o sea con el mal que se le atribuye, los hombres son grandes. Es el caso del Caudillo, cuya grandeza sólo puede ser proclamada por contraste con la mala opinión de las gentes. Porque ¡hay que oír lo que él se dice! O, lo que es lo mismo, ¡hay que ver la mala sombra que tiene!

Pereles GAROIA

Recuerdos del tiempo joven

(Viene de la cuarta pág.)

tacado del ramo metalúrgico, y Antonio Vayas, tipógrafo, orador y escritor, concejal de inmaculada conducta. Conoció a Antonio Vayas en Madrid en el primer Congreso que la Federación Nacional de Juventudes celebró en la capital de España, adonde acudí representando a la Sección santanderina. Alma de poeta —lo era a su modo—, la muerte de Vayas fue un crimen aleve del fascismo, del que moralmente fueron responsables quienes, teniendo en cuenta su estado —era cojo y caminaba con dificultad—, a su tiempo debieron facilitarle la salida para el extranjero. No es fácil que los santanderinos olviden el recuerdo abnegado de Antonio Vayas.

En los primeros años de la Conjuración hubo en Santander tres concejales socialistas: Eduardo Torralba Beci, Macario Rivero y Eduardo Rado. El primero se trasladó a Madrid antes de terminar su etapa, para pasar a ser redactor de EL SOCIALISTA cuando éste apareció diariamente bajo la dirección de García Cortés. Los otros dos, tipógrafos, por lo menos uno de ellos, por cuestiones de amor propio, tuvieron serios disgustos con la Agrupación. Posteriormente, sin reintegrarse en el Partido, actuaron eficazmente en servicio de los trabajadores y hasta merecieron el elogio de éstos.

En Santander se creó Casa del Pueblo antes que en otras capitales de mayor importancia. Sin tener por entonces edificio propio, el Centro era amplio, capaz para reuniones críticas y de propaganda. Cuántos mítines accidentados se efectuaron en los locales establecidos en la calle de Primero de Mayo! Allí habló yo una vez antes de la guerra de 1914. Después lo hice en el Salón de las Columnas y en un teatro cerca del puerto. Con Julián Besteiro estuve en Santander, cuando fuimos a intervenir en el conflicto de los obreros de la Empresa Solvay, de Bareda, en representación de la Unión General. Largo Caballero y yo tomamos parte asimismo en un mitin en Santander, continuando posteriormente la propaganda por el resto de la provincia. Y con mi madre fui dos temporadas a lo que tomara las aguas de Lizánez, encontrando en todos aquellos camaradas verdaderas demostraciones de afecto.

BLAZQUEZ, EN MADRID

A fines de 1905 apareció Fermín Blázquez en Madrid, en el Centro de Sociidades Obreras de la calle de Relatores, 24. La Juventud Socialista Madrileña acababa de iniciar sus primeros pasos. Trajo en regla su documentación, ingresó en nuestros organismos y posteriormente creó la Sociedad de obreros colchoneros, de la que fue presidente durante muchos años.

Casado civilmente —no era eso fácil por aquellos años—, se instaló con Agustina Escudero, su compañera, en una alegre guardilla de la calle del Bastero, muy cerca de la vivienda donde Amparo Meliá y Pablo Iglesias tuvieron su primer nido de amor a finales del siglo pasado. Yo vivía en el mismo barrio, en la calle de la Arganzuela, 20, todo ello en pleno distrito de La Latina, por donde habría de ser posteriormente durante varios años teniente de alcalde. De aquella modesta vivienda de Blázquez partieron un tanto reducidos grupo de amigos hasta el cementerio civil de Madrid para enterrar el primer hijo de nuestro camarada, una preciosa criatura de dos años cumplidos. Posteriormente nació una niña, Luz Blázquez, hoy casada con un médico y refugiada en Maracaibo (Venezuela), a quienes los contentos de la Casa del Pueblo de Madrid vieron crecer paso a paso, en tanto que su madre intervenía en los asuntos del Grupo Feminino Socialista, a cuyo Comité pertenecía, y su padre atendía a desempeñar simultáneamente varios cargos, todos ellos modestos y de trabajo oscuro y eficaz.

El primer presidente de la Juventud Socialista Madrileña fue Luis López Santamarina, de la Sociedad de Dependientes de Comercio. Fue vocal con él, en 1906, reunidos en una secretaría interior del Centro Obrero, donde teníamos que hacer a mano los recibos para que otros camaradas pasaran a los respectivos domicilios a cobrarlos, cuando se trataba de afiliados que acudían con irregularidad por el local social.

Blázquez era mayor que nosotros, y por su aspecto de salud y robustez daba la sensación de representar más años de los que tenía. En seguida fui nuestro presidente. La actuación de la Juventud Socialista Madrileña, sin medios económicos, con cincuenta afiliados nominales de los que ni la mitad cotizaban, con la indiferencia cuando no la hostilidad de nuestros mayores, pasaba punto menos que inadvertida. Nuestro presidente, por otra parte, era la discreción y la persona, rehuyendo sistemáticamente los elementos representativos. Era aquél el único modo de abrirse camino, ya que jamás contamos entre nuestras filas ni a los hijos ni a los nietos de nuestros fundadores, que con-

sideraban un error la constitución de los organismos juveniles y femeninos, a los que nos encargamos de dar vida inmediata de creadas las Juventudes.

En Bilbao residía la Federación Nacional. Cada seis meses se publicaba «Renovación» como boletín de orden interior, para acusar recibo de las cotizaciones e insertar información de las Secciones.

En la primavera del año 1909 debió celebrarse en Bilbao el segundo Congreso de la Federación Nacional de Juventudes. En nombre de los afiliados de Madrid y seguridad con alguna otra representación de fuera de las Vascongadas, estubo en aquel Congreso Mariano García Cortés. Llevaba el encargo de procurar conseguir que el Comité Nacional residiese en la capital de España, única manera de consolidar nuestros organismos. Así fue decidido, y por acuerdo de la Sección madrileña, García Cortés pasó a ser director de «Renovación» y presidente de la Federación.

Cuando fui elevado a lo que a nuestros ojos eran puestos de suma importancia y para el maldito día la tenían, García Cortés se hallaba a punto de ser baja forzosa en las Juventudes por la edad límite de treinta y cinco años. Estaba abrumado de cargos, lleno de hijos y con una vida económica endeblada. Se decía abogado, pero nunca le vimos actuar en los Tribunales. Era periodista y hasta llegó a dirigir un diario de Rodrigo Soriano en Valencia, pero lo cierto es que saltaba de una Redacción a otra sin acreditar en ninguna, siempre discutido y a veces censurado. Los jóvenes, en general, estábamos a su lado. No así los veteranos, que conocían quizá aspectos de la actuación personal de García Cortés ignorados para nosotros.

Nosotros teníamos disculpa al sentirnos identificados con aquel hombre, que a veces nos daba conferencias y siempre conagraba más tiempo a nuestros problemas juveniles que el resto de los camaradas del Partido. ¿Cómo dudar, decíamos, de quien ocupa el puesto de secretario del Comité Nacional del Partido? Bien es verdad que la secretaria del Partido y hasta la de la Unión carecían de relieve. Era Pablo Iglesias, presidente de los dos organismos, quien ostentaba su representación, como en 1908, cuando, en nombre de las dos organizaciones nacionales acudí a la información abierta por la Comisión parlamentaria encargada de dictaminar acerca del proyecto de ley de represión del terrorismo, puesto extramuros por aquel discurso inolvidable que tuvo el privilegio de escuchar, acompañando al «Abuelo», en pacífica y silenciosa manifestación a la salida del Congreso hasta la Puerta del Sol, donde montaba en el tranvía número 6, con dirección a su casa, calle de Ferraz, 69.

Bueno será advertir, sobre todo por los jóvenes, que Pablo Iglesias no era aún diputado a Cortes ni lo había sido nunca. Tan sólo era concejal del Ayuntamiento de Madrid. Gobernaba Maura y La Cierva, y como en Barcelona el terrateniente daba al Gobierno quebraderos de cabeza, presentaron a las Cortes un proyecto de ley que, con el pretexto de combatir los actos aislados de ciertos anarquistas o de los confidentes que la policía tenía a su servicio, daban margen más que suficiente a los gobernadores civiles para deshacerse del movimiento obrero. El discurso de Pablo Iglesias fue verdaderamente un acontecimiento nacional. Ocupaba dos plenas de nuestro semanario —ya se había hecho la reforma agrandando su tamaño— y hubo un joven socialista madrileño, Luis Arana —Briones, por cierto, trabajaba en una tienda situada muy cerca del Palacio de las Cortes—, que se aprendió de memoria el discurso de nuestro fundador, y nos reuníamos embesados para oírsele recitar. Otro discurso memorable de aquella información parlamentaria lo pronunció don Joaquín Costa, que a pesar de haber sido elegido diputado a Cortes se negó a sentarse en los escaños del Congreso, aunque acudí a la Sección segunda del Parlamento para oponerse a la aprobación de aquel engendro reaccionario, produciendo su catilinaria honda sensación.

Con García Cortés fue Fermín Blázquez vicepresidente de la Federación. De la presidencia de la Sección de Madrid se encargó Lucio Martínez y de las secretarías Cayetano Redondo y yo. Más tarde, García Cortés dejó los cargos, ocupados definitivamente por Blázquez, siendo yo su secretario. En realidad, durante el ejercicio de la presidencia de nuestro amigo fué cuando se consolidaron las Juventudes y empezó a interesarse «Renovación», que aparecía trimestralmente, pero ya con el aspecto de un periódico por su presentación.

Otro acontecimiento de extraordinaria gravedad —como que marcó nuevos rumbos a nuestro Partido e inició la caída de la Monarquía— fueron los sucesos desarrollados en Melilla, en julio de 1909, donde los moros liaron a áte-

morizar a la población civil. Maura y La Cierva movilizaron fuerzas militares, llamando a los reservistas para hacer frente a los caballos, pero lo hicieron con tan mala fortuna que en Madrid hubo escenas inenarrables en la estación de los Medios, que impedían que arrancaran trenes.

En Barcelona la situación fué más grave. Hubo quema de conventos, con escenas dramáticas, y como represalia, el Poder público fué a cinco paisanos, uno de ellos, Francisco Ferrer Guardia, fundador de la Escuela Moderna de Barcelona, a quien un Consejo de guerra condenó como autor de aquel movimiento. La verdad es que la huelga general de Barcelona estuvo dirigida por dos anarquistas y un socialista. Vive aún nuestro correligionario, por lo que no daré su nombre. Uno de los dos anarquistas, a su regreso del extranjero, donde se expatrió, se quedó en Madrid, José Escudero, Romero, tipógrafo murciano, orador y escritor, muy amante de la organización, con el cual nuestros correligionarios del Arte de Impresión llegaron a convivir fraternalmente y hasta en cierta ocasión elegimos para presidente de nuestra gloriosa Asociación, Rodríguez Romero fallecido en Madrid el 5 de febrero de 1932, rodeado del cariño de cuantos tuvimos la satisfacción de ser sus amigos sin ser correligionarios suyos. El otro anarquista vivía hace poco y no creo prudente dar su nombre por el momento. Fueron éstos quienes lanzaron la orden de huelga general en Barcelona sin perjuicio de que pasara por ellos Ferrer.

Estuvo Ferrer complicado en el atentado de Morral contra los reyes, el día de la boda de Alfonso XIII? Es difícil negarlo a estas alturas. Por entonces, con don José Nakens, estubo preso bastantes meses, aunque al fin Ferrer hubo de ser puesto en libertad al no poder probarse nada definitivo. El Consejo de Ministros, por el voto de Maura y La Cierva, ordenó que el fusilamiento tuviera lugar, como responsable de los desastres de la semana trágica de Barcelona, pero, en el fondo, todos estábamos convencidos de que la muerte de Ferrer fué una imposición de la reacción y del militarismo, por la labor que aquél desarrollaba con sus enseñanzas en la Escuela Moderna, y por sus ideales libertarios y masónicos.

La Unión General de Trabajadores, con fecha 2 de agosto de 1909, decretó la huelga general. El movimiento fué prontamente dominado por el Gobierno, cerrada la Casa del Pueblo de Madrid, suspendidos nuestros actos y encarcelados a centenares nuestros afiliados. Entre ellos, naturalmente, estubo preso Fermín Blázquez. No fué éste el único joven socialista encarcelado, aunque la mayoría fueron detenidos los días de máxima agitación. No obstante, hubo Consejo de guerra contra tres jóvenes madrileños: Roberto Cermeño, hijo y nieto de socialista; Enrique Muriel, tipógrafo como el anterior, y un pintor ruso, al que pusimos en relación con Trotski cuando estubo en la Casa del Pueblo de Madrid, antes de ser encarcelado por el Gobierno del conde de Romanones. Los tres camaradas fueron condenados a seis meses y un día con arreglo a la ley de Jurisdicciones. Aquellas condenas y los sucesos de la estación del Mediodía dieron pie a que las autoridades comenzaran a preocuparse de las actividades de las Juventudes Socialistas.

Como en Melilla seguía la guerra, la Juventud Socialista Madrileña lanzó un manifiesto, impreso en papel rojo y letra que fuera más llamativa, que repartimos en las calles céntricas de la capital. Fué denunciado por la autoridad militar, y encarcelado como presidente de la entidad que lo suscribía nuestro camarada Lucio Martínez Gil, aunque la noche que acordamos editar el dicho documento Lucio estaba representando el Manelik de «Tierra Baja» en el teatro Zorrilla, donde se daban tantas funciones de aficionados y donantes de nuestro amigo obtenía brillantes éxitos muy frecuentemente. El autor del manifiesto fué Cayetano Redondo Aceda, secretario de la entidad, pero como la tradición exigía que el responsable fuera el presidente, Lucio pagó con seis meses y un día de cárcel, a donde tuve el privilegio de acompañarle por la bondad del juez militar que me entregó en mano la orden correspondiente para la dirección de la Modelo, todo lo cual nos permitió retrasar unas horas la entrada en tan «benéfico» establecimiento.

Por la ausencia forzosa de Lucio, pasé yo a presidir la Juventud Socialista de Madrid. Teníamos empeño en dar un mitin de resonancia contra la guerra, en colaboración con el Grupo Feminino, pero el Gobierno nos prohibía el acto, aunque al hacerlo se extralimitara, ya que por entonces no estaban suspendidas las garantías constitucionales. Pablo Iglesias era diputado por vez primera, como consecuencia de la Conjuración republicana socialista, y a él recurre para que hablara en

último lugar. Iglesias no se negó, aunque no hizo ver las consecuencias que seguramente tendría nuestra terquedad. Venimos todas las resistencias. El acto fué memorable, pero todos los oradores, con la excepción de Iglesias, dimos con nuestros húsos en la seriedad de Blázquez, sobre todo para hablar en localidades agrarias, donde había caciques muy vidriosos y donde los trabajadores necesitaban camaradas que les hablasen con sencillez y buena fe. Así se explica que las organizaciones de la provincia de Toledo le eligiesen diputado a Cortes en las Constituyentes de la República, que le volviesen a reelegir candidato en las siguientes, aunque fuera vencida nuestra candidatura por la unión de las izquierdas, y que en 1936 quedase extramuros, ante la falta de leucura que invadía tantos espíritus.

En su profesión, Fermín consiguió pasar a ser dependiente jefe de una tienda de colchones y lanas de la calle Imperial, la más importante de Madrid. Por esta nueva profesión, sin abandonar a los obreros colchoneros, a los que representó en algún Congreso de la Unión, perteneció igualmente a la Asociación de Dependientes de Comercio, en nombre de la cual fué delegado al Congreso de la Unión General en 1916, cuando se planeó la huelga de agosto.

Dentro de este ramo, al lado de Luis López Santamarina y de Santiago Pérez Infante, pasó por todos los cargos, desempeñando la presidencia de la Federación Nacional y la dirección de «El Dependiente Español», que se publicaba mensualmente. En la Agrupación Socialista de Madrid, al salir para el exilio, tenía el número 77. Estuvo como delegado en el Congreso de la sección de 1921, donde se eligió el siguiente Comité Ejecutivo: Presidente, Pablo Iglesias; vicepresidente, Julián Besteiro; secretario general, Andrés Sabarrit; vicesecretario, Francisco Nuez Tomás; secretario de actas, Francisco Blázquez; vocales: Eganisco Largo Caballero, Indalecio Prieto, Fernando de los Ríos, Lucio Martínez Gil, Toribio Pascual Palacios y Antonio Fernández Quer.

Fué redactor de EL SOCIALISTA, haciendo durante bastante tiempo la información municipal y de otras corporaciones; ocupó un puesto como empleado en la administración de nuestro diario; fué colaborador de algunas organizaciones de la Casa del Pueblo, cumpliendo en los sitios con la mayor escrupulosidad. Si tuviera con quien compararle, lo haría sin vacilar con un campesino de Lagartera, pueblo de la provincia de Toledo, suscriptor de EL SOCIALISTA, a pesar de ser ciego y analfabeto. [Todos los días buscaba un camarada que le leyera íntegramente el diario. Era un raro ejemplo de voluntad. El día que le llevaba en su cama, aunque tuviera cegado la luz de sus ojos, Blázquez formó socialistas como aquel campesino lagarterano.

OTRAS ACTIVIDADES DE BLAZQUEZ

Fuimos muy amigos, mucho, pero eso no puede interpretarse como si hubiéramos estado unidos dentro de las Juventudes o del Partido para llevar a cabo determinada política. Jamás existieron entre nosotros grupos de tendencia. Blázquez defendió la existencia de la Conjuración republicano-socialista hasta el último momento. Blázquez fué aliado de la posición defendida por Iglesias y estubo de acuerdo con la imposición de la reacción y del militarismo, por la labor que aquél desarrollaba con sus enseñanzas en la Escuela Moderna, y por sus ideales libertarios y masónicos.

La Unión General de Trabajadores, con fecha 2 de agosto de 1909, decretó la huelga general. El movimiento fué prontamente dominado por el Gobierno, cerrada la Casa del Pueblo de Madrid, suspendidos nuestros actos y encarcelados a centenares nuestros afiliados. Entre ellos, naturalmente, estubo preso Fermín Blázquez. No fué éste el único joven socialista encarcelado, aunque la mayoría fueron detenidos los días de máxima agitación. No obstante, hubo Consejo de guerra contra tres jóvenes madrileños: Roberto Cermeño, hijo y nieto de socialista; Enrique Muriel, tipógrafo como el anterior, y un pintor ruso, al que pusimos en relación con Trotski cuando estubo en la Casa del Pueblo de Madrid, antes de ser encarcelado por el Gobierno del conde de Romanones. Los tres camaradas fueron condenados a seis meses y un día con arreglo a la ley de Jurisdicciones. Aquellas condenas y los sucesos de la estación del Mediodía dieron pie a que las autoridades comenzaran a preocuparse de las actividades de las Juventudes Socialistas.

Como en Melilla seguía la guerra, la Juventud Socialista Madrileña lanzó un manifiesto, impreso en papel rojo y letra que fuera más llamativa, que repartimos en las calles céntricas de la capital. Fué denunciado por la autoridad militar, y encarcelado como presidente de la entidad que lo suscribía nuestro camarada Lucio Martínez Gil, aunque la noche que acordamos editar el dicho documento Lucio estaba representando el Manelik de «Tierra Baja» en el teatro Zorrilla, donde se daban tantas funciones de aficionados y donantes de nuestro amigo obtenía brillantes éxitos muy frecuentemente. El autor del manifiesto fué Cayetano Redondo Aceda, secretario de la entidad, pero como la tradición exigía que el responsable fuera el presidente, Lucio pagó con seis meses y un día de cárcel, a donde tuve el privilegio de acompañarle por la bondad del juez militar que me entregó en mano la orden correspondiente para la dirección de la Modelo, todo lo cual nos permitió retrasar unas horas la entrada en tan «benéfico» establecimiento.

Por la ausencia forzosa de Lucio, pasé yo a presidir la Juventud Socialista de Madrid. Teníamos empeño en dar un mitin de resonancia contra la guerra, en colaboración con el Grupo Feminino, pero el Gobierno nos prohibía el acto, aunque al hacerlo se extralimitara, ya que por entonces no estaban suspendidas las garantías constitucionales. Pablo Iglesias era diputado por vez primera, como consecuencia de la Conjuración republicana socialista, y a él recurre para que hablara en

BLAZQUEZ EN EL DESTIERRO

Agustina Escudero, la primera esposa de Fermín, murió y descansaba en el Cementerio civil de Madrid. Pasaron los años, y nuestro amigo contrajo nuevas nupcias. Otra boda civil en la que estubo presente. Otro hogar rehecho. Otro hijo, Ramón Blázquez, que hoy vive en la ciudad donde murió su padre, en Orán, ya casado, muy cerca de su anciana madre, la viuda de nuestro camarada, los dos regresados de España meses después de enterrado Fermín.

En nuestras organizaciones del Oranesado ocupó toda suerte de cargos, sin aspirar a nada, sin meter ruido, como lo había hecho en España; cediendo a veces sin deberlo, para arreglar diferencias, sin lograr ser comprendido en ciertas ocasiones, pasando privaciones, sin molestar a nadie con demandas de apoyo, yendo a comer a la Sopa Popular... por no entregarse al fascismo.

El 4 de septiembre de 1946, gravemente enfermo, entró en el hospital de Orán. Yo iba a ser operado de la vista en París, lo que le había comunicado. En la clínica recibí carta de Fermín, que me leyó mi mujer: «Querido Sabarrit: Supongo te habrán operado o estarás en vísperas de operarte. Celebra las salgas bien de ese trance y recupera la vista, por lo menos para que puedas leer y escribir, como te deseara. Yo estoy en el hospital desde el día 4 para operarme de la úlcera gástrica que dicen tengo. Han dejado la operación para mañana, que será el día de la suerte. Cuando salga, si salgo, ya te escribiré...» Un telegrama de Francisco Melcón comunicándome la muerte de Fermín Blázquez fué la respuesta. Yo perdí un amigo de toda la vida. El Partido perdió un fiel servidor.

Blázquez fué un leal intérprete de Pablo Iglesias, a quien vivió por primera vez en Santander, conquistándole el ideal. No era visita de Iglesias, limitándose a ir a casa del «Abuelo» tan sólo cuando fué necesario. No era cortésano, ni Iglesias los admitía, aunque los tuvo a veces que soportar. Estaba muy enfermo nuestro fundador. Yo había salido para Amsterdam a la reunión del Consejo de la Federación Sindical Internacional. Nuez Tomás intentó ver a Iglesias el día 7 de diciembre de 1925, no lográndolo por el estado en que se encontraba. Al día siguiente fué Fermín el encargado de hacer la visita en nombre de todos. Tuvo más suerte y pudo hablar con él. «Fue el último día de los ejecutivos que logró hacerlo! La devoción que nuestro amigo sentía por el «Abuelo» está reflejada en un artículo que escribió para nuestra prensa en Orán, dos años antes de morir Blázquez, del que son estos párrafos: «Pero Pablo Iglesias, que disponía de una inteligencia privilegiada, que era orador por convicción, por temperamento y por imperiosa necesidad de explicar las doctrinas socialistas, consiguió bien pronto situarse entre los primeros tribunos de su época, con su lenguaje propio. Huyó desde el primer momento de todo lo que supiera hojarasca, a un completo corte fuera perfecto, para producirse con sencillez, franqueza, claridad, modestia, amor, belleza, elegancia e impecable corrección. Sus discursos, llenos de doctrina, fueron siempre brillantes. «Iglesias poseía el maravilloso poder de la adaptación; con aquel don propio lograba emplear el léxico adecuado al público que le escuchaba, y así sus razones eran fácilmente comprendidas por el público que le oía, ya estuviera compuesto por obreros del campo, obreros industriales o de profesiones liberales. «Fue, para mí gueto, el orador más completo que he conocido. Era agitador y persuasivo; en cada caso aplicaba el lenguaje que correspondía. Jamás inventó tempestades artificiales, ni dió a entender que las había como pretexto para decir cosas tremendas. Esto lo condenó implacablemente. «Era agitador cuando el caso lo requería, esto es, sólo y absolutamente entonces, nunca antes ni después. Por ejemplo, en momentos de protesta contra algún atropello o injusticia cometido con los trabajadores por la burguesía o por el poder público. Cuando esto ocurría, sus palabras, entonadas, su figura fulminante y desgastada, con la indiscutible autoridad que poseía, a los autores del atropello. «Los períodos de calma los dedicaba principalmente a educar y propagar las doctrinas socialistas, y su voz, dulce y sonora, paternal y persuasiva, penetraba suavemente, amigablemente, en el oído del auditorio para alojarse en el cerebro, para que esta máquina maravillosa del hombre fuera la encargada de discernir lo que había oído y convencerse de la bondad de las ideas bellas, sentidamente expuestas, para sumarse, al fin, de un modo consciente, al ejército socialista, lo que conseguía muchas veces.»

Si analizásemos este artículo de Blázquez veríamos cómo media las palabras, cómo se sentía

contra sus actuaciones. Por experiencia puedo decir que en muchas ocasiones, al recorrer determinados regiones, tropecé con graves problemas creados por anteriores visitantes a quienes la vanidad había llevado a cometer verdaderos desastres. Se podía confiar en la seriedad de Blázquez, sobre todo para hablar en localidades agrarias, donde había caciques muy vidriosos y donde los trabajadores necesitaban camaradas que les hablasen con sencillez y buena fe. Así se explica que las organizaciones de la provincia de Toledo le eligiesen diputado a Cortes en las Constituyentes de la República, que le volviesen a reelegir candidato en las siguientes, aunque fuera vencida nuestra candidatura por la unión de las izquierdas, y que en 1936 quedase extramuros, ante la falta de leucura que invadía tantos espíritus.

En su profesión, Fermín consiguió pasar a ser dependiente jefe de una tienda de colchones y lanas de la calle Imperial, la más importante de Madrid. Por esta nueva profesión, sin abandonar a los obreros colchoneros, a los que representó en algún Congreso de la Unión, perteneció igualmente a la Asociación de Dependientes de Comercio, en nombre de la cual fué delegado al Congreso de la Unión General en 1916, cuando se planeó la huelga de agosto.

Dentro de este ramo, al lado de Luis López Santamarina y de Santiago Pérez Infante, pasó por todos los cargos, desempeñando la presidencia de la Federación Nacional y la dirección de «El Dependiente Español», que se publicaba mensualmente. En la Agrupación Socialista de Madrid, al salir para el exilio, tenía el número 77. Estuvo como delegado en el Congreso de la sección de 1921, donde se eligió el siguiente Comité Ejecutivo: Presidente, Pablo Iglesias; vicepresidente, Julián Besteiro; secretario general, Andrés Sabarrit; vicesecretario, Francisco Nuez Tomás; secretario de actas, Francisco Blázquez; vocales: Eganisco Largo Caballero, Indalecio Prieto, Fernando de los Ríos, Lucio Martínez Gil, Toribio Pascual Palacios y Antonio Fernández Quer.

Fué redactor de EL SOCIALISTA, haciendo durante bastante tiempo la información municipal y de otras corporaciones; ocupó un puesto como empleado en la administración de nuestro diario; fué colaborador de algunas organizaciones de la Casa del Pueblo, cumpliendo en los sitios con la mayor escrupulosidad. Si tuviera con quien compararle, lo haría sin vacilar con un campesino de Lagartera, pueblo de la provincia de Toledo, suscriptor de EL SOCIALISTA, a pesar de ser ciego y analfabeto. [Todos los días buscaba un camarada que le leyera íntegramente el diario. Era un raro ejemplo de voluntad. El día que le llevaba en su cama, aunque tuviera cegado la luz de sus ojos, Blázquez formó socialistas como aquel campesino lagarterano.

BLAZQUEZ EN EL DESTIERRO

Agustina Escudero, la primera esposa de Fermín, murió y descansaba en el Cementerio civil de Madrid. Pasaron los años, y nuestro amigo contrajo nuevas nupcias. Otra boda civil en la que estubo presente. Otro hogar rehecho. Otro hijo, Ramón Blázquez, que hoy vive en la ciudad donde murió su padre, en Orán, ya casado, muy cerca de su anciana madre, la viuda de nuestro camarada, los dos regresados de España meses después de enterrado Fermín.

En nuestras organizaciones del Oranesado ocupó toda suerte de cargos, sin aspirar a nada, sin meter ruido, como lo había hecho en España; cediendo a veces sin deberlo, para arreglar diferencias, sin lograr ser comprendido en ciertas ocasiones, pasando privaciones, sin molestar a nadie con demandas de apoyo, yendo a comer a la Sopa Popular... por no entregarse al fascismo.

El 4 de septiembre de 1946, gravemente enfermo, entró en el hospital de Orán. Yo iba a ser operado de la vista en París, lo que le había comunicado. En la clínica recibí carta de Fermín, que me leyó mi mujer: «Querido Sabarrit: Supongo te habrán operado o estarás en vísperas de operarte. Celebra las salgas bien de ese trance y recupera la vista, por lo menos para que puedas leer y escribir, como te deseara. Yo estoy en el hospital desde el día 4 para operarme de la úlcera gástrica que dicen tengo. Han dejado la operación para mañana, que será el día de la suerte. Cuando salga, si salgo, ya te escribiré...» Un telegrama de Francisco Melcón comunicándome la muerte de Fermín Blázquez fué la respuesta. Yo perdí un amigo de toda la vida. El Partido perdió un fiel servidor.

Blázquez fué un leal intérprete de Pablo Iglesias, a quien vivió por primera vez en Santander, conquistándole el ideal. No era visita de Iglesias, limitándose a ir a casa del «Abuelo» tan sólo cuando fué necesario. No era cortésano, ni Iglesias los admitía, aunque los tuvo a veces que soportar. Estaba muy enfermo nuestro fundador. Yo había salido para Amsterdam a la reunión del Consejo de la Federación Sindical Internacional. Nuez Tomás intentó ver a Iglesias el día 7 de diciembre de 1925, no lográndolo por el estado en que se encontraba. Al día siguiente fué Fermín el encargado de hacer la visita en nombre de todos. Tuvo más suerte y pudo hablar con él. «Fue el último día de los ejecutivos que logró hacerlo! La devoción que nuestro amigo sentía por el «Abuelo» está reflejada en un artículo que escribió para nuestra prensa en Orán, dos años antes de morir Blázquez, del que son estos párrafos: «Pero Pablo Iglesias, que disponía de una inteligencia privilegiada, que era orador por convicción, por temperamento y por imperiosa necesidad de explicar las doctrinas socialistas, consiguió bien pronto situarse entre los primeros tribunos de su época, con su lenguaje propio. Huyó desde el primer momento de todo lo que supiera hojarasca, a un completo corte fuera perfecto, para producirse con sencillez, franqueza, claridad, modestia, amor, belleza, elegancia e impecable corrección. Sus discursos, llenos de doctrina, fueron siempre brillantes. «Iglesias poseía el maravilloso poder de la adaptación; con aquel don propio lograba emplear el léxico adecuado al público que le escuchaba, y así sus razones eran fácilmente comprendidas por el público que le oía, ya estuviera compuesto por obreros del campo, obreros industriales o de profesiones liberales. «Fue, para mí gueto, el orador más completo que he conocido. Era agitador y persuasivo; en cada caso aplicaba el lenguaje que correspondía. Jamás inventó tempestades artificiales, ni dió a entender que las había como pretexto para decir cosas tremendas. Esto lo condenó implacablemente. «Era agitador cuando el caso lo requería, esto es, sólo y absolutamente entonces, nunca antes ni después. Por ejemplo, en momentos de protesta contra algún atropello o injusticia cometido con los trabajadores por la burguesía o por el poder público. Cuando esto ocurría, sus palabras, entonadas, su figura fulminante y desgastada, con la indiscutible autoridad que poseía, a los autores del atropello. «Los períodos de calma los dedicaba principalmente a educar y propagar las doctrinas socialistas, y su voz, dulce y sonora, paternal y persuasiva, penetraba suavemente, amigablemente, en el oído del auditorio para alojarse en el cerebro, para que esta máquina maravillosa del hombre fuera la encargada de discernir lo que había oído y convencerse de la bondad de las ideas bellas, sentidamente expuestas, para sumarse, al fin, de un modo consciente, al ejército socialista, lo que conseguía muchas veces.»

Si analizásemos este artículo de Blázquez veríamos cómo media las palabras, cómo se sentía

BLAZQUEZ EN EL DESTIERRO

Agustina Escudero, la primera esposa de Fermín, murió y descansaba en el Cementerio civil de Madrid. Pasaron los años, y nuestro amigo contrajo nuevas nupcias. Otra boda civil en la que estubo presente. Otro hogar rehecho. Otro hijo, Ramón Blázquez, que hoy vive en la ciudad donde murió su padre, en Orán, ya casado, muy cerca de su anciana madre, la viuda de nuestro camarada, los dos regresados de España meses después de enterrado Fermín.

En nuestras organizaciones del Oranesado ocupó toda suerte de cargos, sin aspirar a nada, sin meter ruido, como lo había hecho en España; cediendo a veces sin deberlo, para arreglar diferencias, sin lograr ser comprendido en ciertas ocasiones, pasando privaciones, sin molestar a nadie con demandas de apoyo, yendo a comer a la Sopa Popular... por no entregarse al fascismo.

El 4 de septiembre de 1946, gravemente enfermo, entró en el hospital de Orán. Yo iba a ser operado de la vista en París, lo que le había comunicado. En la clínica recibí carta de Fermín, que me leyó mi mujer: «Querido Sabarrit: Supongo te habrán operado o estarás en vísperas de operarte. Celebra las salgas bien de ese trance y recupera la vista, por lo menos para que puedas leer y escribir, como te deseara. Yo estoy en el hospital desde el día 4 para operarme de la úlcera gástrica que dicen tengo. Han dejado la operación para mañana, que será el día de la suerte. Cuando salga, si salgo, ya te escribiré...» Un telegrama de Francisco Melcón comunicándome la muerte de Fermín Blázquez fué la respuesta. Yo perdí un amigo de toda la vida. El Partido perdió un fiel servidor.

Blázquez fué un leal intérprete de Pablo Iglesias, a quien vivió por primera vez en Santander, conquistándole el ideal. No era visita de Iglesias, limitándose a ir a casa del «Abuelo» tan sólo cuando fué necesario. No era cortésano, ni Iglesias los admitía, aunque los tuvo a veces que soportar. Estaba muy enfermo nuestro fundador. Yo había salido para Amsterdam a la reunión del Consejo de la Federación Sindical Internacional. Nuez Tomás intentó ver a Iglesias el día 7 de diciembre de 1925, no lográndolo por el estado en que se encontraba. Al día siguiente fué Fermín el encargado de hacer la visita en nombre de todos. Tuvo más suerte y pudo hablar con él. «Fue el último día de los ejecutivos que logró hacerlo! La devoción que nuestro amigo sentía por el «Abuelo» está reflejada en un artículo que escribió para nuestra prensa en Orán, dos años antes de morir Blázquez, del que son estos párrafos: «Pero Pablo Iglesias, que disponía de una inteligencia privilegiada, que era orador por convicción, por temperamento y por imperiosa necesidad de explicar las doctrinas socialistas, consiguió bien pronto situarse entre los primeros tribunos de su época, con su lenguaje propio. Huyó desde el primer momento de todo lo que supiera hojarasca, a un completo corte fuera perfecto, para producirse con sencillez, franqueza, claridad, modestia, amor, belleza, elegancia e impecable corrección. Sus discursos, llenos de doctrina, fueron siempre brillantes. «Iglesias poseía el maravilloso poder de la adaptación; con aquel don propio lograba emplear el léxico adecuado al público que le escuchaba, y así sus razones eran fácilmente comprendidas por el público que le oía, ya estuviera compuesto por obreros del campo, obreros industriales o de profesiones liberales. «Fue, para mí gueto, el orador más completo que he conocido. Era agitador y persuasivo; en cada caso aplicaba el lenguaje que correspondía. Jamás inventó tempestades artificiales, ni dió a entender que las había como pretexto para decir cosas tremendas. Esto lo condenó implacablemente. «Era agitador cuando el caso lo requería, esto es, sólo y absolutamente entonces, nunca antes ni después. Por ejemplo, en momentos de protesta contra algún atropello o injusticia cometido con los trabajadores por la burguesía o por el poder público. Cuando esto ocurría, sus palabras, entonadas, su figura fulminante y desgastada, con la indiscutible autoridad que poseía, a los autores del atropello. «Los períodos de calma los dedicaba principalmente a educar y propagar las doctrinas socialistas, y su voz, dulce y sonora, paternal y persuasiva, penetraba suavemente, amigablemente, en el oído del auditorio para alojarse en el cerebro, para que esta máquina maravillosa del hombre fuera la encargada de discernir lo que había oído y convencerse de la bondad de las ideas bellas, sentidamente expuestas, para sumarse, al fin, de un modo consciente, al ejército socialista, lo que conseguía muchas veces.»

Si analizásemos este artículo de Blázquez veríamos cómo media las palabras, cómo se sentía

BLAZQUEZ EN EL DESTIERRO

Agustina Escudero, la primera esposa de Fermín, murió y descansaba en el Cementerio civil de Madrid. Pasaron los años, y nuestro amigo contrajo nuevas nupcias. Otra boda civil en la que estubo presente. Otro hogar rehecho. Otro hijo, Ramón Blázquez, que hoy vive en la ciudad donde murió su padre, en Orán, ya casado, muy cerca de su anciana madre, la viuda de nuestro camarada, los dos regresados de España meses después de enterrado Fermín.

En nuestras organizaciones del Oranesado ocupó toda suerte de cargos, sin aspirar a nada, sin meter ruido, como lo había hecho en España; cediendo a veces sin deberlo, para arreglar diferencias, sin lograr ser comprendido en ciertas ocasiones, pasando privaciones, sin molestar a nadie con demandas de apoyo, yendo a comer a la Sopa Popular... por no entregarse al fascismo.

El 4 de septiembre de 1946, gravemente enfermo, entró en el hospital de Orán. Yo iba a ser operado de la vista en París, lo que le había comunicado. En la clínica recibí carta de Fermín, que me leyó mi mujer: «Querido Sabarrit: Supongo te habrán operado o estarás en vísperas de operarte. Celebra las salgas bien de ese trance y recupera la vista, por lo menos para que puedas leer y escribir, como te deseara. Yo estoy en el hospital desde el día 4 para operarme de la úlcera gástrica que dicen tengo. Han dejado la operación para mañana, que será el día de la suerte. Cuando salga, si salgo, ya te escribiré...» Un telegrama de Francisco Melcón comunicándome la muerte de Fermín Blázquez fué la respuesta. Yo perdí un amigo de toda la vida. El Partido perdió un fiel servidor.

Blázquez fué un leal intérprete de Pablo Iglesias, a quien vivió por primera vez en Santander, conquistándole el ideal. No era visita de Iglesias, limitándose a ir a casa del «Abuelo» tan sólo cuando fué necesario. No era cortésano, ni Iglesias los admitía, aunque los tuvo a veces que soportar. Estaba muy enfermo nuestro fundador. Yo había salido para Amsterdam a la reunión del Consejo de la Federación Sindical Internacional. Nuez Tomás intentó ver a Iglesias el día 7 de diciembre de 1925, no lográndolo por el estado en que se encontraba. Al día siguiente fué Fermín el encargado de hacer la visita en nombre de todos. Tuvo más suerte y pudo hablar con él. «Fue el último día de los ejecutivos que logró hacerlo! La devoción que nuestro amigo sentía por el «Abuelo» está reflejada en un artículo que escribió para nuestra prensa en Orán, dos años antes de morir Blázquez, del que son estos párrafos: «Pero Pablo Iglesias, que disponía de una inteligencia privilegiada, que era orador por convicción, por temperamento y por imperiosa necesidad de explicar las doctrinas socialistas, consiguió bien pronto situarse entre los primeros tribunos de su época, con su lenguaje propio. Huyó desde el primer momento de todo lo que supiera hojarasca, a un completo corte fuera perfecto, para producirse con sencillez, franqueza, claridad, modestia, amor, belleza, elegancia e impecable corrección. Sus discursos, llenos de doctrina, fueron siempre brillantes. «Iglesias poseía el maravilloso poder de la adaptación; con aquel don propio lograba emplear el léxico adecuado al público que le escuchaba, y así sus razones eran fácilmente comprendidas por el público que le oía, ya estuviera compuesto por obreros del campo, obreros industriales o de profesiones liberales. «Fue, para mí gueto, el orador más completo que he conocido. Era agitador y persuasivo; en cada caso aplicaba el lenguaje que correspondía. Jamás inventó tempestades artificiales, ni dió a entender que las había como pretexto para decir cosas tremendas. Esto lo condenó implacablemente. «Era agitador cuando el caso lo requería, esto es, sólo y absolutamente entonces, nunca antes ni después. Por ejemplo, en momentos de protesta contra algún atropello o injusticia cometido con los trabajadores por la burguesía o por el poder público. Cuando esto ocurría, sus palabras, entonadas, su figura fulminante y desgastada, con la indiscutible autoridad que poseía, a los autores del atropello. «Los períodos de calma los dedicaba principalmente a educar y propagar las doctrinas socialistas, y su voz, dulce y sonora, paternal y persuasiva, penetraba suavemente, amigablemente, en el oído del auditorio para alojarse en el cerebro, para que esta máquina maravillosa del hombre fuera la encargada de discernir lo que había oído y convencerse de la bondad de las ideas bellas, sentidamente expuestas, para sumarse, al fin, de un modo consciente, al ejército socialista, lo que conseguía muchas veces.»

Si analizásemos este artículo de Blázquez veríamos cómo media las palabras, cómo se sentía

BLAZQUEZ EN EL DESTIERRO

Agustina Escudero, la primera esposa de Fermín, murió y descansaba en el Cementerio civil de Madrid. Pasaron los años, y nuestro amigo contrajo nuevas nupcias. Otra boda civil en la que estubo presente. Otro hogar rehecho. Otro hijo, Ramón Blázquez, que hoy vive en la ciudad donde murió su padre, en Orán, ya casado, muy cerca de su anciana madre, la viuda de nuestro camarada, los dos regresados de España meses después de enterrado Fermín.

En nuestras organizaciones del Oranesado ocupó toda suerte de cargos, sin aspirar a nada, sin meter ruido, como lo había hecho en España; cediendo a veces sin deberlo, para arreglar diferencias, sin lograr ser comprendido en ciertas ocasiones, pasando privaciones, sin molestar a nadie con demandas de apoyo, yendo a comer a la Sopa Popular... por no entregarse al fascismo.

El 4 de septiembre de 1946, gravemente enfermo, entró en el hospital de Orán. Yo iba a ser operado de la vista en París, lo que le había comunicado. En la clínica recibí carta de Fermín, que me leyó mi mujer: «Querido Sabarrit: Supongo te habrán operado o estarás en vísperas de operarte. Celebra las salgas bien de ese trance y recupera la vista, por lo menos para que puedas leer y escribir, como te deseara. Yo estoy en el hospital desde el día 4 para operarme de la úlcera gástrica que dicen tengo. Han dejado la operación para mañana, que será el día de la suerte. Cuando salga, si salgo, ya te escribiré...» Un telegrama de Francisco Melcón comunicándome la muerte de Fermín Blázquez fué la respuesta. Yo perdí un amigo de toda la vida. El Partido perdió un fiel servidor.

Blázquez fué un leal intérprete de Pablo Iglesias, a quien vivió por primera vez en Santander, conquistándole el ideal. No era visita de Iglesias, limitándose a ir a casa del «Abuelo» tan sólo cuando fué necesario. No era cortésano, ni Iglesias los admitía, aunque los tuvo a veces que soportar. Estaba muy enfermo nuestro fundador. Yo había salido para Amsterdam a la reunión del Consejo de la Federación Sindical Internacional. Nuez Tomás intentó ver a Iglesias el día 7 de diciembre de 1925, no lográndolo por el estado en que se encontraba. Al día siguiente fué Fermín el encargado de hacer la visita en nombre de todos. Tuvo más suerte y pudo hablar con él. «Fue el último día de los ejecutivos que logró hacerlo! La devoción que nuestro amigo sentía por el «Abuelo» está reflejada en un artículo que escribió para nuestra prensa en Orán, dos años antes de morir Blázquez, del que son estos párrafos: «Pero Pablo Iglesias, que disponía de una inteligencia privilegiada, que era orador por convicción, por temperamento y por imperiosa necesidad de explicar las doctrinas socialistas, consiguió bien pronto situarse entre los primeros tribunos de su época, con su lenguaje propio. Huyó desde el primer momento de todo lo que supiera hojarasca, a un completo corte fuera perfecto, para producirse con sencillez, franqueza, claridad, modestia, amor, belleza, elegancia e impecable corrección. Sus discursos, llenos de doctrina, fueron siempre brillantes. «Iglesias poseía el maravilloso poder de la adaptación; con aquel don propio lograba emplear el léxico adecuado al público que le escuchaba, y así sus razones eran fácilmente comprendidas por el público que le oía, ya estuviera compuesto por obreros del campo, obreros industriales o de profesiones liberales. «Fue, para mí gueto, el orador más completo que he conocido. Era agitador y persuasivo; en cada caso aplicaba el lenguaje que correspondía. Jamás inventó tempestades artificiales, ni dió a entender que las había como pretexto para decir cosas tremendas. Esto lo condenó implacablemente. «Era agitador cuando el caso lo requería, esto es, sólo y absolutamente entonces, nunca antes ni después. Por ejemplo, en momentos de protesta contra algún atropello o injusticia cometido con los trabajadores por la burguesía o por el poder público. Cuando esto ocurría, sus palabras, entonadas, su figura fulminante y desgastada, con la indiscutible autoridad que poseía, a los autores del atropello. «Los períodos de calma los dedicaba principalmente a educar y propagar las doctrinas socialistas, y su voz, dulce y sonora, paternal y persuasiva, penetraba suavemente, amigablemente, en el oído del auditorio para alojarse en el cerebro, para que esta máquina maravillosa del hombre fuera la encargada de discernir lo que había oído y convencerse de la bondad de las ideas bellas, sentidamente expuestas, para sumarse, al fin, de un modo consciente, al ejército socialista, lo que conseguía muchas veces.»

Si analizásemos este artículo de Blázquez veríamos cómo media las palabras, cómo se sentía

BLAZQUEZ EN EL DESTIERRO

Agustina Escudero, la primera esposa de Fermín, murió y descansaba en el Cementerio civil de Madrid. Pasaron los años, y nuestro amigo contrajo nuevas nupcias. Otra boda civil en la que estubo presente. Otro hogar rehecho. Otro hijo, Ramón Blázquez, que hoy vive en la ciudad donde murió su padre, en Orán, ya casado, muy cerca de su anciana madre, la viuda de nuestro camarada, los dos regresados de España meses después de enterrado Fermín.

En nuestras organizaciones del Oranesado ocupó toda suerte de cargos, sin aspirar a nada, sin meter ruido, como lo había hecho en España; cediendo a veces sin deberlo, para arreglar diferencias, sin lograr ser comprendido en ciertas ocasiones, pasando privaciones, sin molestar a nadie con demandas de apoyo, yendo a comer a la Sopa Popular... por no entregarse al fascismo.

El 4 de septiembre de 1946, gravemente enfermo, entró en el hospital de Orán. Yo iba a ser operado de la vista en París, lo que le había comunicado. En la clínica recibí carta de Fermín, que me leyó mi mujer: «Querido Sabar

